

Radiante

Alvaro González de Mendoza*

Si el siglo XVIII se adjudicó el luminoso nombre de “Siglo de las luces”, fue simplemente porque no advirtió lo que vendría en el XIX y mucho menos en el XX. Imprevisión o arrogancia, cualquiera de las dos cosas, porque a finales de la centuria anterior el mundo comenzó a vislumbrar una luz incógnita y atómica. ¡La Luz!, y puesto así, con mayúsculas, por su deslumbrante peligrosidad.

Resulta encantador leer el Diario de María Slokowska, polaca, que al casarse en Francia adoptó el apellido de su esposo. Citado de memoria —falta de tiempo para buscar fuentes—, en el diario hay un apunte hecho en 1898 conmovedor por la llana inocencia de una ama de casa que además era científica: “...mi hija (aquí el nombre) ha comenzado a gatear en casa; estoy segura de que los experimentos han conducido a la determinación de un elemento desconocido que hemos logrado aislar de las arenas que nos enviaron de...”

En aquéllas líneas escritas por madame Curie, partiendo de una referencia tan encantadoramente doméstica y milagrosa como es el hecho de ver a la hija comenzar a asumir su autonomía, quedó consignado otro acontecimiento de carácter uni-

* Colaborador de Radio Universidad de Guadalajara y ex compañero del Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, Universidad de Guadalajara.

versal: a punto de terminar el siglo XIX la humanidad, por manos de mujer, descubría la *radiantez* atómica.

Por extraño que parezca, lo novedoso siempre es bautizado recurriendo a lo conocido; las modernas acronimias —e.g. radar, laser—, son un ejemplo sincopado de esa mecánica. Al quedar aislado —identificado— aquel elemento con sus propiedades distintivas, un diario neoyorquino se encargó de encontrarle nombre: radio. El radio, ¿por qué ese nombre?

En la vieja geometría euclidiana se determinó que la distancia entre el centro y cualquiera de los puntos de la circunferencia era eso: radio. *Radium* o *rayo* denominaban los romanos a los elementos sustentadores de las ruedas de sus carretas, entre el centro-maza y el ciclo exterior rodante.

La palabra, pues, ha transitado desde la geometría hasta la era esta de las luces atómicas; del *radium* como parte de carretas rodantes, hasta el radio como elemento atómico. Pero, ¿y la radio?

Con frecuencia, por motivos vagamundanos, pasaba frente a una oficina de correos situada en Londres, ese reducto financiero y corazón de la ciudad. Construcción gris cantera enorme, y significativa de la importancia que siempre ha tenido para los británicos el corriente correo. Corren cartas por sus venas. Nada de especial aquella oficina aparte de una placa adobada frente a la puerta principal, y alusiva a un hecho que vendría a modificar la otra gigantéz mundial. Un hecho que vendría a convertir el globo terráqueo en lo que el egregio Sancho Panza llamaría “un grano de mostaza”.

Según lo afirma la placa, desde la azotea del edificio, Guillermo Marconi emitió las primeras señales mediante un proceso que sería denominado inicialmente telegrafía inalámbrica. Desde allí, con un transmisor incipiente, generó unos “bips” que fueron captados por su ayudante que pacientemente estaba situado en la azotea de otra oficina de correos, esperando captar la señal.

Finalizando el siglo XIX y naciendo la radio. Radiotelegrafía al principio, y pocos años después de que el italiano Marconi la utilizó para transmitir en clave Morse, comenzaría a difundir sonidos; voz, música, ruidos, provenientes de un “más

allá" misterioso y más o menos lejano, gracias al trífodo o amplificador inventado por De Forest, en 1906.

¿Radio? En todos sus usos la palabra conserva una constante lógica: referencia a un centro convergente; o, dicho de otra manera, vinculación de un perímetro con un centro emisor, y los Curie detectaron que una de las propiedades de aquel elemento incógnito era esa: emitir una energía insospechada hacia su periferia, y en tal forma que la primera víctima del radio fue precisamente Pedro Curie, quien murió a causa de las radiaciones. ¿Víctimas?, ¿radio?

Por la calle de Strand, en Londres también, otra placa recuerda el sitio preciso donde Marconi estableció la primera estación de divertimento para repletar oídos remotos. ¿Con qué? Quizá habría que decir que el término *Broadcasting* —recién aplicado al medio—, significa "sembrar semilla en un área extensa; sembrar certi o incertidumbres. Propagar". ¿Vehículo de propaganda?

Al comenzar la primera guerra dizque mundial —Europa siempre ha creído ser el mundo—, la radiotelegrafía se dio de alta en ambos bandos, como arma punzocortante e incidente. Los contendientes advirtieron el valor estratégico de un sistema que les permitía comunicarse y hacer la guerra como nunca antes; coordinando ataques y defensas validos de un medio literalmente supraterrrenal y penetrante. La radiotelegrafía como tal, comenzó a demostrar su poderío propagante y a cobrar víctimas.

Los países que van a remolque en el tren de la tecnología llegan a ella tras las máquinas que tiran del convoy. Así, México, vagón sin tracción propia, llegó a la era de la radio acaso un par de décadas después de que ésta era una realidad en el mundo "progre". Comenzó entonces a "descubrir" el infinito potencial del medio. ¿Arma o simple instrumento inocuo? ¿Por qué la radio, y en femenino en nuestro idioma? A mí en lo personal me parece una exquisitez idiomática, apoyada en los llamados sustantivos ambiguos: femenina, ondulante, incierta... ¡peligrosa!

Dama ondulosa

Cande trabajaba con nosotros en casa. Nacida en San Lucas, por el viento de Cajititlán, ella era un recipiente vivo de tradición y transmisora de la misma. Al caer la noche, ella siempre tenía un cuento, algún historión, que no historieta, qué platicarnos a mi hermano y a mí. Su acervo me parecía inagotable, si bien hasta ahora soy capaz de decir en palabras tan elegantes algo tan sencillo: era una gran contadora... Con voz tipluda nos describía y descubría un mundo mágico, violento —aquel enfrentamiento de dos ensarapados blandiendo sus cuchillos, brillando a la luz de la luna—, y anecdótico. Por Cande, y sin ella quererlo, supe cuál fue el origen de las novelas: esas conversaciones hogareñas, al comenzar a despuntar la noche y antes de ir a dormir; ese momento clave que los griegos llamarían barrocamente el “symposium”, y frontero entre la realidad y los sueños.

Cuando Cande se fue de casa, aquella rutina se había convertido para mí en algo imprescindible: una voz disparante y descriptiva que poblara mi inmensa imaginación infantil. Fue entonces que caí irremediabilmente en brazos de doña radio. Amantazgo que ha tenido instantes gloriosos y compases conflictivos.

Yo no tenía radio (el aparato sí en burdo masculino), y por culpa de lo que los especialistas llamarían el “tubo catódico”. Más llanamente dicho, por culpa del bulbo.

Sucede que el radio, aparato de dimensiones más o menos espectaculares, era propiedad comunitaria en aquellos tiempos *cincuentales* y en una Guadalajara medieval y pueblerina. El radio era familiar, y entronizado en lugar preferente donde pudiera reunirse la familia en torno suyo. ¿A qué? A qué más sino a oírlo, silenciosa y reverentemene a fin de no perder palabra o ruido accesorio, secuencia de lo que el radio introducía de muy diferente manera en las muy diferentes orejas ahí reunidas. Orejas de adultos y de niños; orejas de mi perro dormitando por allí y que se sobresaltaba al oír pasajes violentos. Mas en todo caso el bulbo hacía improbable que cada quien tuviera su radio: razones de costo y volumen espacial que no de sonido.

Hacia finales de los cuarenta un casi desconocido doctor

Schockley regalaría al mundo algo prodigioso: el transistor y, con él dentro, los radios comenzaron a perder su figura ancestral, gorda y pesada; comenzó su proceso de compactación y ubicuidad.

En los sesenta francos, la televisión llegó a mi ciudad (y así le digo aunque yo sea más de ella que ella mía). El radio, que había presidido las tardes-noches de todos comenzó a sufrir un arrumbamiento del que pocos creían que iba a salir nunca más, a pesar de haberse transistorizado, y aun abaratado; el televisor no parecía dejarles espacio. Un buen día tuve yo, junto a la cama, mi propio radio que ya no olía a baquelita sino a plástico, mas por el momento lo que constituía el horizonte de mis aspiraciones adolescentes no era ya eso sino el otro apantallante monstruo blanquinegro producto de la modernidad. ¡Ay modernidad, que efímera eres!

Radiantez

Ya habrá por allí más de algún artículo de cien páginas, más cuatrocientas de bibliografía, en el que algún sesudo analista trate de explicarnos dos décadas de modorra radial; dos décadas que quizá pudieron haber sido simplemente tres lustros (nunca he sido owen estadígrafo) en los que la radio —doña ella— pareció haber sido rejonada de muerte: entre 1960 y 1980, y dicho en términos muy generales y sin puntualidad precisa como la de los especialistas capaces de señalar: a las 11:00 a.m. del tantos de tal mes, la radio entró en fingida agonía, que resultó simple hibernación de acuerdo con los estudios del profesor Brunovsky (siempre hay que citar apellidos impronunciables en este tipo de investigaciones).

Yo simplemente me atrevo a afirmar una cosa: al entrar de lleno en la era del pánico y la soledad, la radio asumió su más excelsa vocación. ¡Dama de compañía del solitario naufrago del siglo XX! La televisión mató, esa sí está bien muerta, la artesanía de la conversación, y la radio se convirtió en la contadora que todos necesitamos —femenina, Scheherezada de las mil y una...— para olvidar nuestra soledad.

La mi-crofonía

Coincidió con el nacimiento de mi primera hija el hecho de que me aproximara a una incipiente estación de radio a pedir trabajo "locuente", que no "elo-mismo". Eran los setenta y yo ya me había reconvertido de la pantalla a la bocina; ya un pequeño radiocillo se había convertido en compañero inseparable, y por las bandas de onda corta me aproximaba a países remotos: España, Inglaterra, Francia, Alemania y con todo el sur continental. Ese aparato, más el hambre propia de un matrimonio incipiente, me habían marcado una pauta vocacional: de oidor, quería convertirme en hablador.

Quizá aquella influencia infantil, la de Cande, la contadora de quien había aprendido la fascinación de un recuento cadencioso, influyó decisivamente en el giro que iba a dar mi incipiente vida profesional: ¡yo quería ser contador-palabrero! Durante buenos años había acumulado una intencionalidad "vergonzante", porque esa —como la del poeta y cambiando lo que haya que cambiar—, no es de las vocaciones que pueden ser anunciadas domésticamente sin correrse el riesgo de la excomunión, ¿Locutor?, ¿aspiración válida y ortodoxa? Las circunstancias antes dichas favorecieron un arrumbamiento profesional; el darle rumbo a mis tan acariciadas como ocultas intenciones, y luego de largos años dedicados a la filosofía y las letras académicas.

Obtener la licencia de locutor fue sencillo comparado con lo que seguía: usarla, ¿dónde? Líneas antes cuando señalaba que la radio entró en una especie de letargo que parecía mortal, al apuntarlo quise significar que el medio se convirtió en transportador de música y anuncios. Sólo eso, y si acaso de hora en hora algún breve adobo noticioso, y lo que ocurría en Guadalajara creo que era reflejo de una situación más amplia y aun nacional.

¿Dónde entonces utilizar una licencia que me autorizaba vía SEP a hablar frente al micrófono? Porque ciertamente mi intención no era convertirme en aullador de *réclames* comerciales, y no porque ello tuviera nada de mal —menos si se le veía desde el punto de vista de la rentabilidad—, sino porque mi idea

de locución no era esa. En aquel entonces comenzaba a poblarse una banda aleatoria del cuadrante, llamada FM, y por allí con cierta dificultad se captaba una estación que intentaba difundir en la ciudad algo que bien podría denominarse con toda vaguedad "culturofonía". Insisto: en un cuadrante semidesierto, en FM, y en un lugar no muy propicio, esto es hacia un extremo de la banda aquella entonces semidesierta y poco oída y con un transmisor pequeñísimo, brotaba al aire algo distinto.

A mediados de los setenta Radio Universidad de Guadalajara era una discreta estación en banda con baja audiencia. Lugar inmejorable para intentar un comienzo.

La estación, novedosa y recién donada por el gobierno de la República; yo, más lleno de buenas intenciones que de experiencia, me "doné" inicialmente a la emisora y lo hice porque se me dijo que no había espacio para mí en su nómina. Con que hubiera espacio para mi voz en sus hertzios, con eso me sentía recompensado.

Como parte de un proceso de formación profesional, durante años había acumulado personalmente toda clase de equipo que me hacía sentir "locutor": grabadoras, micrófonos, cables y toda la parafernalia accesorio. Por aquellas épocas en que comenzó a brotar mi voz por la frecuencia de Radio Universidad de Guadalajara, mi hija comenzaba a hablar, y seguro de verme tratando de usar aquel equipo, un buen día me pidió que si le podría facilitar algo: ¿"papá me prestas *tu-crófono*...?", significando así que no era de ella. Y en cierta forma, los instalados en la cabina de XHUG se convirtieron por mutua adopción, en eso: en *mis-crófonos*, con lo que ello signifique o deje de hacerlo. Allí—con esas herramientas de trabajo—, comenzamos a hablarle al oído a una Guadalajara un poco dura de orejas, y a devolverle a la radio parte de un sentido extraviado. Nadie, entonces, en la ciudad, hacía radio-palabra.

¿Es que la radio tiene un uso más sublime y peligroso que ser denominador de ideas? De allí su riesgo: el solitario habitante de esta fracción del siglo XX usa el radio—como ningún otro medio—, para repletar su soledad. El receptor humano, el oyente, se abandona aun sin darse cuenta al hertzio. Los radios y la radio, omnipresentes. Como la soledad.

Voz al mundo

No hay aspiración más grande que pueda albergar cualquier locutor, que ser oído "por todo mundo". La afirmación, que tiene algo de metáfora, asume otra dimensión cuando la voz del que habla puede ser oída en todo el mundo. Posibilidad acariciable y alcanzable.

Doy marcha atrás, aparentemente, para situar en su circunstancia un anhelo que tuve la oportunidad de cumplimentar y gracias a una profesión que aún no sé bien si elegí o me eligió ella. No me importa gran cosa averiguarlo, sino acaso proseguir ese amantazgo vocacional.

Entre guerras se afilan las armas. Eso al menos pareció haber ocurrido entre 1920 y 1940, si bien soy consciente de que las fechas o décadas las he redondeado convencionalmente a fin de cerrar números: dos décadas de afilamiento de arsenales, y entre las múltiples variantes de armas que fueron puestas a punto en la entreguerra europea, la radio no pudo haberse quedado al margen. Al estallar la segunda dizque mundial guerra, los llamados "Aliados" y los de las potencias del Eje, sabían perfectamente bien que en los combates hechos de saliva —propaganda—, la radio desempeñaría un papel fundamental.

Hijos de tensiones pre y formalmente bélicas, fueron los llamados Servicios Externos implantados por las radios de Estado en Europa. Esas voces que transmiten con una dirección precisa (las antenas son orientables) cuestiones igualmente precisas y en lenguas vernáculas. La British Broadcasting Corporation (BBC) fue pionera en el sistema, y desde 1938 mantiene un servicio en español.

Un buen día al bordear los ochenta en las páginas de un periódico leí el anuncio insertado allí por la BBC en el que pedía datos de candidatos potenciales a una plaza de su Servicio Latinoamericano. Otro buen día, amaneciendo 1982 —dos años en números también cerrados tomó todo el procedimiento—, aterrizaba yo en Londres a comenzar a cumplir el contrato firmado con la BBC; con los External Services de la corporación. Comenzaba para mí la experiencia más fascinante que he tenido frente a micrófonos.

Una cosa es llegar y otra bien distinta, situarse. Londres no es ciertamente una ciudad fácil —más bien es “macha” o le gusta esa apariencia—. La BBC, edificios laberínticos, tampoco es un recinto de sencillo desciframiento, si es que éste puede darse. El piso octavo del ala noroccidental de Bush House se convertiría durante más de un lustro en mi base operacional. ¿Como qué? Como un individuo multimedia, y no encuentro otra expresión más apta para tratar de encerrar la variedad profesional de actividades desempeñadas allí: producción, traducción, adaptación, reportajes, entrevistas periodísticas a todo nivel (de color, de fondo, de pigmento) y con todo género de personajes de paso o instalados en Londres: doblajes para cine y televisión.

Mas sobre todas las actividades, una primordial: hablarle al oído al mundo hispanohablante, con todo tipo de programas. Y sobre todos los programas, uno que se convirtió en mi aventura inolvidable. Uno llamado “El circuito”.

Las estaciones de radio, de cobertura local o nacional, disponen de herramientas de sondeo accesibles. El teléfono o aun la verificación puerta a puerta —muestreo—, pueden dar una idea aproximada de la receptividad que posee determinada emisora. Cuando se transmite a larga, larguísima distancia en este ínfimo planeta, las emisoras de Estado —puesto que es dudosamente rentable desde el punto de vista comercial que empresas privadas utilicen la onda corta o SW—, no tienen otro medio de verificación de audiencia que los reportes de eventuales oyentes. Sencillo, sólo que hay un factor añadido: los países hispanohablantes no se caracterizan por ser una cultura epistolar, dicho esto en su conjunto. ¿Cuánto hace que no escribes una carta?

“El circuito” como programa del Servicio Latinoamericano de la BBC tenía —tiene—, esa intención primaria: solicitar reportes de oyentes. ¿Cómo? Allí el problema, y un problema serio: cada uno de los 37 servicios (desde Bush House, en el corazón de Londres ¡se transmite en 37 idiomas!) debe justificar la mayor o menor inversión de dinero gubernamental canalizado a su actividad. En cierta forma las cartas de los oyentes son vales convertibles, o herramientas que demuestran la efectividad del servicio; de las horas de emisión que pueblan poli-insa-

turadas bandas de onda corta. Así, dentro de su simpleza, "El circuito" era un programa primordial, que se transmitía en el continente americano en la tarde-noche de los viernes y los domingos.

Uno de los procedimientos más socorridos por las radios de Estado en el mundo es el de implantar concursos. Eso, se sabe, jala cartas; pone al oyente a realizar la heroica tarea de llenar con su puño y letra un papel. Mas los concursos son la excepción y se realizan si acaso una vez al año; el resto del tiempo hay que valerse únicamente de la palabra, ¿para qué?

La radio, en sí, es básicamente una seductora. Hacer radio es básicamente eso: seducir. Durante los años que estuve al frente del dicho "circuito" —auxiliado por dos mujeres de voces tersas—, nos dedicamos a ello: a SEDUCIR. Los resultados fueron sorprendentes.

Curiosamente se piensa que la tal seducción es un sinónimo elegante de engaño: falso, y por el momento no me detengo a destripar palabras, ni pretendo entrar en polémica tratando de determinar las sutilezas entre seducido y seductor; entre la actividad del supuestamente pasivo, y el supuestamente actor. Simplemente anoto que una de las excelsas virtudes de *la palabra* —excelsa y sublime—, es esa: seducir.

A los tres meses de haber tomado la producción del programa comenzó a ejercerse un cambio sorprendente en la correspondencia; y en dos sentidos: cantidad y, sobre todo, calidad. Las cartas ya no iban dirigidas a una institución impersonal, la BBC, sino a tres intrigantes individuos que desde Londres se situaban al lado del oyente a conversar. A nada más que eso, y a conversar sobre las cartas recibidas. Uno de los experimentos más atrevidos que realizamos fue el haber retado al escucha a la voz de "escríbenos y descríbenos". Tan sencillo como eso, puesto que la radio posee un grado de inspiración sospechosamente insospechado. Y comenzaron a fluir a Londres, a pesar de los costos del correo, las descripciones más ingeniosas. ¿Cómo pudo haber sabido aquel oyente venezolano mi edad, mi peso y estatura precisos a través de una conversación radiofónica? ¿Cómo aquella otra en la región antártica advirtió que sobre mi voz había bigotes?

Teresita desde El Salvador me propuso algo que no pude aceptar: matrimonio; Javier desde Bolivia me ofreció una extraña mercancía que nada tenía que ver con ese arbusto que tan mala fama le ha dado a su país: un esqueleto de cíclope que —tengo mis serias dudas—, “he localizado en las cercanías de Potosí”. ¡Un esqueleto de siete metros cuyas dimensiones me hacían imposible pensar en comprarlo! De Colombia, y cuando El Halley iba a aparecer en el cielo, un oyente nos contaba de cuando él había visto el cometa en 1910; de Santo Domingo alguien proponía que nos convirtiéramos a algo llamado “gnosticismo”. De las serranías guatemaltecas un guerrillero nos agradecía acompañarle en su empresa; de España nos contaban que también éramos compañía de madrugada para un adolescente insomne. De Hawai, de la India, de la zona polar de Canadá, del trópico caribeño, de Africa, de Australia, ¡del mundo!

Un buen día regresé a Guadalajara —los motivos muy familiares no vienen a cuento—, y conmigo un manojo de papeles, entre mil y dos mil cartas, en el tono y con el contenido más sorprendente y procedente de cientos de rincones del planeta. Un tesoro que aguarda hilván; pienso de ellas a manera de perlas que habría que unir las para darles con-secuencia, y unir las también a varios cientos de cartas producto de mi experiencia local radiofónica en la ciudad. Algún día...

En marzo de 1988 tuve la oportunidad de participar en un hecho radiofónicamente histórico, humanamente mágico, personalmente encantador: los 50 años del Servicio Latinoamericano de la BBC de Londres.

En la madrugada londinense, a la una GMT, salimos al aire a decirle al mundo que en los estudios de Bush House celebrábamos un hito. Reunidos allí locutores de varias generaciones, las cuatro horas de programación se convirtieron en un recuento de nuestra experiencia. En un momento dado decidimos correr un riesgo: invitar al público del mundo a tomar el teléfono y hablarnos. Riesgo cierto porque éramos conscientes del elevado costo de una llamada internacional. ¿Llamaría alguien? A poco de dar el número del estudio, las tres líneas se saturaron con voces distantes. “Hola Alvaro, te he oído...¿Me oyes?”.

Hola mundo, he hablado a tu oído. Hola doña radio, ha sido maravilloso conocerte... Tu nombre es tan ambiguo; tu capacidad seductora tan grande...